



Carta abierta de los bastardos de Valladolid a los de Londres

Sergio Caminero

Primer Premio
Banquete literario | 2021



MUSEO NACIONAL
DE ESCULTURA

Banquete literario | 2021

En enero de 2021 el Museo Nacional de Escultura convocaba su primer concurso de relatos breves. Se trataba de una invitación a re-visitarse la Casa del Sol, edificio en que se expone, desde 2012, una cuidada selección de obras procedentes del más importante acervo de vaciados artísticos formado en España: el extinto Museo Nacional de Reproducciones Artísticas.

La entusiasta acogida de esta iniciativa se ha revelado como una excelente oportunidad para *poner letra* al magnético universo de la escultura y su doble; de sobrevolar por la historia de un museo de paradójica originalidad; de ahondar en el complejo y delicado proceso de trabajo que ha dado forma a estas réplicas centenarias; o de desprenderse del descrédito en que estas «bellezas prestadas» han permanecido instaladas. En suma, de observarlas bajo nueva luz, con distinta mirada.

El que aquí se presenta es el relato ganador de esta iniciativa, que ha recaído en un texto de Sergio Caminero. Se trata de una emotiva carta que la *Venus Médici* del Museo Nacional de Escultura dirige a sus «parientes pobres» residentes en el Victoria and Albert Museum de Londres. Una epístola cargada de sensibilidad y melancolía que reflexiona sobre el arrinconamiento padecido por estos *sucedáneos* de originales, pero que al tiempo proclama orgullosa su innegable singularidad.

Carta abierta de los bastardos de Valladolid a los de Londres

Sergio Caminero

Primer Premio
Banquete literario | 2021



Queridos amigos, espero que estéis bien, que gocéis de buena humedad y que vuestra conservación sea la esperada para vuestras blancas carnes de yeso. Ya nadie recuerda en la sala cuándo vino vuestra última carta. Aquí el tiempo se percibe mal y la eternidad sobrevuela tediosa por todo el museo. A veces un visitante trae consigo algo de frescura de la calle y en sus olores notamos que ha llegado otra primavera vanidosa de verde y que por consiguiente nosotras tenemos otro año más de valiosa antigüedad encima. Supongo que esta realidad aséptica de templo sin incienso os resulte familiar y no sea muy distinta a la que vivís en el Victoria and Albert. Sé que siempre os digo ésto, pero me niego a no repetirlo, por si el mero ejercicio de la persistencia diera sus frutos algún día: Me encantaría conocer Londres. Sueño despierta con un día en el que un gran museo me reclame para una exposición donde pueda ser la estrella de ese país de ladrillos y lluvia. Supongo que soñar está al alcance de todos, incluso de una copia.

Cada día, una y otra vez y de manera obsesiva vuelvo a preguntarme por qué nací copia. Supongo que el sentimiento es compartido. Conservo como si fuera un tatuaje en toda mi dermis las últimas caricias del escultor. Y a pesar de esa intimidad, ni siquiera nos conocimos. Supongo que eso nos hace bastardas, hijas ilegítimas de un gran escultor y de un vaciador anónimo, reivindicadas por el primero pero acunadas desde el molde por el segundo.

Por eso quizá en esta sala se respira siempre cierta melancolía del mármol. Y es curioso, porque ninguna aquí puede reivindicar ese material en su pasado; solo el yeso, el alambre y el vacío. Aun así, pese a ello, al heredar la forma de nuestros originales hemos imitado, quizá patológicamente, la vida de esos a los que representamos y soñamos también su fama y sus vidas de estrellato. A veces me pregunto entre visitante y visitante qué hubiera pasado si hubiéramos nacido en una época que amara la copia, como el románico.

Hubiéramos sido a la vez originales y copias y toda esta perversa jerarquía que en ocasiones sobrevuela sobre nosotras desaparecería al instante.

Vosotras tenéis suerte. Aún no sabéis lo que es un almacén. Sé que hay muchas leyendas sobre ellos, pero algunas tienen algo de realidad. Allí solo oyes aturrida pasos y ecos, esperando que alguien abra tu caja y dé sentido a tu existencia. Lo peor de los almacenes son las luces. Hasta ahí abajo no llegan los sensuales calores de las salas de exposición que hacen brotar claroscuros en cada pequeño volumen. Allí solo hay una ácida dicótoma entre la oscuridad y la luz abrasadora de los fluorescentes. Viendo sus cuadros, siempre he pensado que pintores como Otto Dix o Van Gogh pintaron en almacenes. Supongo que al menos lo hicieron desde los almacenes oscuros de sus mentes.

No pasa un día en el que un espectador comente "Ésta está en los museos Vaticanos" o "La original está en la Academia de Florencia" Allí en Londres escucharéis comentarios parecidos. Otras salas del museo trasportan directamente al pasado, nosotras hacemos viajar a otros lugares, a otros museos. Tenemos cierto pecado de impermanencia por no tener un ser propio. ¿Quedamos reducidas a un simple nexo? ¿Una triste parada de metro antes de llegar a la relumbrante estación? Debemos nuestra existencia al original. Pero una cosa os digo, éste no sería lo que es si no se le hubiera copiado.

Hace unos meses un niño muy pequeño y regordete como un angelote barroco entró en la sala como un huracán y acabó estrellando sus manos contra mí. Me golpeaba una y otra vez con sus palmas pensando quizá que sería una piñata de ensueño. Y con cada golpe mi vientre de aire vibraba desde dentro. Creía que en un momento dado esas pequeñas manos

inofensivas me harían añicos. Por suerte el vigilante de sala llegó justo a tiempo. La experiencia al principio fue traumática, no lo voy a negar, pero luego extraje una verdad que me sana hasta día de hoy. Hay algo en mí que mi original no tiene: Sonoridad. Por eso desde aquel día me gusta pensarme como una gran campana de forma caprichosa. No volváis nunca a doleros por no tener un interior de mármol, macizo y seco. Cualquier espacio hueco y cerrado como los nuestros generan siempre secretos y en ocasiones – cuando hay niños ociosos en la sala – hasta sonidos.

Espero que mis palabras os reconforten y os den qué pensar en este eterno debate que tenemos sobre quién somos. Me temo que ahora ya tengo que despedirme ya que falta apenas una hora para que el museo vuelva a abrir sus puertas. Tengo que prepararme para interactuar tácitamente con los visitantes y que revisiten gracias a mis formas otros museos y otras épocas. Recordadlo amigos de Londres, somos un festín de gestos y expresiones que se abren, genio tras genio por las salas. Si nuestro palacio no lo habitaran copias, no podríamos haber condensado tanta genialidad en tan poco espacio.

Atentamente: vuestra Venus de yeso y alambre

MUSEO NACIONAL DE ESCULTURA

C/ Cadenas de San Gregorio

47011 Valladolid

Tlfno.: 983 250 375

www.culturaydeporte.gob.es/mnescultura